

Formación Permanente

Solidaridad y fe cristiana

El principio de solidaridad es hoy más necesario que nunca.

En un mundo interconectado, experimentamos lo que significa vivir en la misma "aldea global". Esta preciosa expresión: el gran mundo no es otra cosa que una aldea global, porque todo está interconectado. Pero no siempre transformamos esta interdependencia en solidaridad. Hay un gran camino entre la interdependencia y la solidaridad.

Los egoísmos – individuales, nacionales y de los grupos de poder – y las rigideces ideológicas alimentan a todo lo contrario, a las «estructuras de pecado» (ibid., 36). «La palabra "solidaridad" está un poco desgastada y a veces se la interpreta mal, pero es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 188). Esto es la solidaridad. No es solo cuestión de ayudar a los demás – que está bien hacerlo, pero, es más : se trata de justicia (cfr Catecismo de la Iglesia Católica, 1938-1940). La interdependencia, para ser solidaria y dar fruto, necesita de fuertes raíces en lo humano y en la naturaleza creada por Dios, necesita de respeto a los rostros y a la tierra.

La Biblia, desde el inicio, nos advierte. Pensemos en la historia de la Torre de Babel (cfr Gn 11,1-9), que describe lo que ocurre cuando queremos llegar al cielo – nuestra meta ignorando el vínculo con lo humano, con la creación y con el Creador. Es una manera de decir: esto ocurre cada vez que uno quiere subir y subir, sin tener en cuenta a los demás. ¡Yo solo! Pensemos en la torre. Construimos torres y rascacielos, pero destruimos la comunidad. Unificamos edificios y lenguas, pero eliminamos la riqueza cultura. Queremos ser patrones de la Tierra, pero estropeamos la biodiversidad y el equilibrio ecológico.

2021 JORNADA
MISIONERA
SALESIANA

SOLIDARIDAD MISIONERA COMO PRIMER ANUNCIO



Diametralmente opuesta a Babel es Pentecostés, lo hemos escuchado al inicio de la audiencia (cfr He 2,1-3). El Espíritu Santo, bajando de lo alto como viento y fuego, inviste a la comunidad encerrada en el cenáculo, le infunde la fuerza de Dios, la empuja a salir, a anunciar a todos al Señor Jesús. El Espíritu crea unidad en la diversidad, crea armonía. En el pasaje de la Torre de Babel no había armonía; había ese avance para ganar lo máximo. Allí, el hombre era un mero instrumento, mera “fuerza de trabajo”, pero aquí, en Pentecostés, cada uno de nosotros es un instrumento, pero es un instrumento comunitario que participa con todo su ser en la edificación de la comunidad. San Francisco de Asís lo sabía bien, y animado por el Espíritu daba a todas las personas, aún más, a todas las criaturas, el nombre de hermano o hermana (cfr LS, 11; cfr San Buenaventura, Legenda maior, VIII, 6: FF 1145). También al hermano lobo, recordemos.

Con Pentecostés, Dios se hace presente e inspira la fe de la comunidad unida en la diversidad y en la solidaridad. Diversidad y solidaridad unidas en armonía, este es el camino. Una diversidad solidaria que posee los “anticuerpos” para que la singularidad de cada uno – que es un don, único e irreplicable – no se enferme de individualismo, de egoísmo. La diversidad solidaria posee también los anticuerpos para curar estructuras y procesos sociales que han degenerado en sistemas de injusticia, en sistemas de opresión (cfr Compendio de la doctrina social de la Iglesia, 192). Por tanto, la solidaridad hoy es el camino a recorrer en un mundo post-pandemia, hacia la curación de nuestras enfermedades interpersonales y sociales. No hay otra. O vamos hacia un camino de solidaridad o las cosas empeorarán. Quiero repetirlo: de una crisis no se sale igual que antes. La pandemia es una crisis. De una crisis se sale mejor o peor. Debemos escoger nosotros. Y la solidaridad es el camino para salir de la crisis, mejores, no con cambios superficiales, con un barniz y punto. ¡No! ¡Mejores!

En medio de la crisis, una solidaridad guiada por la fe que nos permite traducir el amor de Dios en nuestra cultura globalizada, no construyendo torres o muros – y cuántos muros se están construyendo hoy – que dividen, pero que después caen, sino tejiendo comunidad y apoyando procesos de crecimiento verdaderamente humanos y sólidos. Y para esto ayuda

la solidaridad. Os hago una pregunta: ¿pensamos en las necesidades de los demás? Que cada uno responda en su corazón.

De la audiencia General del Papa Francisco, el 2 septiembre de 2020



2021 JORNADA
MISIONERA
SALESIANA
SOLIDARIDAD MISIONERA COMO PRIMER ANUNCIO

Formación Permanente

Las misiones: nuestra responsabilidad

Monseñor Luc Van Looy SDB

La Iglesia es misión. Cada comunidad católica comparte la responsabilidad de anunciar el Evangelio no sólo en nuestro territorio. Esta nace del derecho de cada ser humano de tener la posibilidad de conocer a Cristo y de seguirlo como respuesta a su gran amor. Pero nuestra responsabilidad primaria es la de hacer conocer el amor de Dios y de establecer la Iglesia en todos los contextos (Ad Gentes, 6). Esta responsabilidad también afecta al cuidado del desarrollo de los pueblos y de las culturas. El Creador ha dado a cada persona el anhelo de un crecimiento óptimo. El Papa Juan Pablo II incluye entre tantos otros aspectos la preocupación por “las muchas las necesidades materiales y económicas de las misiones; no sólo para fundar la Iglesia con estructuras mínimas, sino también para sostener las obras de caridad, de educación y promoción humana, campo inmenso de acción, especialmente en los países pobres.” (Redemptoris Missio, 81).

El criterio para cada obra misionera es aquel que Jesús ha dado a sus discípulos: “Gratis habéis recibido, dad gratis”. (Mt 10,8). Es evidente que el dinero que dan los cristianos en primer lugar, como testimonio de su fe y de su generosidad, es necesario. Este dinero debe ser utilizado para la fundación de la Iglesia local y para el desarrollo de las personas. En particular, el dinero es necesario para las actividades de formación de sacerdotes, diáconos, religiosos, para catequistas, laicos y animadores juveniles. Pero el dinero es también un instrumento ambiguo, que tienta a aquellos que ocupan posiciones de autoridad para usarlo en su propio desarrollo o para proveer a las misiones instrumentos tecnológicos que sólo ellos usarán. De verdad, el dinero puede corromper a las personas. En vez de esto, un misionero va a anunciar el amor de Dios a través del Evangelio. Antes que nada “debe ser una persona de oración” (Ad Gentes, 25), dándose él mismo al pueblo a imitación de San Pablo: “he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Fil 4, 11). Un misionero se integra en la cultura, en la condición social del pueblo. A través del aprendizaje de la lengua crece en profundidad en las costumbres y mentalidades de la gente. Comparte toda la vida con la gente, sabe que “todo lo que hemos recibido de Dios —tanto la vida como los bienes materiales— no es nuestro sino que nos ha sido dado para usarlo.” (Redemptoris Missio, 81).





Sabemos que las misiones necesitan asistencia financiera por parte de ONGs y de organizaciones de todo el mundo. También en el contexto de la Iglesia existen oficinas misioneras especializadas en la captación de fondos para el trabajo misionero. Los proyectos deben garantizar que el primer objetivo sea el de llevar el mensaje del Evangelio a la gente y que cada proyecto de desarrollo sea una contribución directa al bienestar de la gente. Para nosotros salesianos esto será, en primer lugar, en forma de educación, a todos los niveles de la población. Los proyectos pueden también potenciar el trabajo en red de cristianos de diversos países o entre comunidades urbanas y rurales. Las iniciativas de voluntariado y los proyectos gestionados por grupos misioneros, también en el país de origen del misionero, contribuyen al sentido de pertenencia a la Iglesia universal y a la comprensión de las situaciones de pobreza y de las diferencias culturales locales. Grupos de profesionales y jóvenes pueden dedicar su tiempo de vacaciones a las misiones. De este modo, crecerá una responsabilidad compartida, y se experimentarán aspectos fundamentales de la vida de la Iglesia y de la fe. Los jóvenes catequistas pueden compartir su fe con la gente de las misiones, a menudo aprendiendo de ellos una nueva dimensión de la fe. Aprenderán que "misiones" significa darnos a nosotros mismos, nuestros bienes y talentos, "como ofrenda a Dios, en la celebración eucarística, esto es, como ofrenda a Dios, y para todas las misiones del mundo." (Redemptoris Missio,81).

La celebración de la Eucaristía, fuente y origen de la fe, "a través de la cual se realiza nuestra redención" (Sacrosanctum Concilium, 2), es el centro de toda actividad misionera. Las ofrendas que llevamos al altar durante la procesión del ofertorio son una respuesta a la llamada del Evangelio a construir Iglesia y a cuidar de los más necesitados. Estas crean la oportunidad de comunicar a la comunidad su contribución concreta a los pobres, no sólo a su realidad material y sus recursos. De este modo los dones del cuerpo y la sangre de Cristo se convierten en un signo real y tangible del amor de Dios a los pueblos. De hecho, "hay mayor felicidad en dar que en recibir" (He 20, 35).

2021 JORNADA MISIONERA SALESIANA

SOLIDARIDAD MISIONERA COMO PRIMER ANUNCIO